

China, y más turismo

JOSÉ MARÍA NAVEIRAS ESCANLAR

Una postal que recibí hace pocos días refuerza mis razonamientos sobre el turismo rural, que LA NUEVA ESPAÑA publicó en estas páginas no ha mucho tiempo.

Me remitían esta tarjeta, desde China, unos entrañables amigos, Jesús y Anna María.

Yangehuo en el Sur de ese extenso país, no se puede decir que esté a la vuelta de la esquina, sin embargo observen que haciendo turismo rural podemos desplazarnos a cualquier lugar, incluso sin el folleto, que nos muestre,

comparado con China, la atómica parcela de un concejo. Si les parece inverosímil lo que relato, vean lo que dicen mis amigos en su misiva con paisaje: «A ver si podemos acercarnos por Grandas a finales de agosto. China es una caja de sorpresas, un país que a marchas forzadas se está incorporando a la economía occidental. Pero que aún seduce por su paisaje, cultura y sus gentes».

Escribían esto el 10 de agosto, y el 26 nos contaban las vivencias de ese maravilloso viaje, en

una amena charla-coloquio, en el Museo Etnográfico.

De la entrañable China que relataba la escritora Pearl S. Buck, en sus otras, a la actual, hay una gran diferencia. Los chinos hoy toman Cola-Cao, lamen Chupa-chups y viajan en ALSA. Por cierto, me resultó muy grato saber que esa empresa que dirige Pepe Cosmen suena en un país donde cogen en su superficie casi noventa mil concejos como el de Grandas. Mis felicitaciones, tocayo.

Vulcano, desde su forxa los saluda y les recomienda la lectura de «Viento del Este, viento del Oeste», de la autora citada más arriba, o cualquiera de sus obras.

Haxa salú.

Un país donde cogen en su superficie 90.000 concejos como Grandas

Quesada



El sueño d'un fantoche de veranu

MILIO MARIÑO

Un día d'esti veranu, mientras apretaba la calor y l'anónimu pirómanu quemaba montes y matos, n'un cortiju sevillanu e invitaos po'l señoritu, reuniéronse unos paisanos d'esos que viven del cuentu y siempre cuentan con apetitu.

Un Coronel retiráu, dos Intelectuales en paru, un Filósofu piráu y el clásicu depredador de Fulanitu y Menganu, que non faen otra llabor mas que adular a su amu, reuniéronse a les tres, como quien diz, a la hora la siesta y, aprovechando la fresca, d'aquella vieya casona, ente piedras y regodones, llabraos con fina manu maestra, zampáronse, los fartones, quince platos de

menestra, un xamón con tres melones, de llangostes una riestra, y vinu blancu a montones.

Comieron a discreción, y pa rematar la xugada, metiéronse un buen tazón de ñidia lleche cuayada. Después, pasaron toos pa'l salón y, con la bragueta mediu desabrochada, entamaron a beber llicores meciós con agua imantada, y asina, d'aquelles traces, surgió la conversación, saliendo a relucir l'estáu.

Primeru el de la criada y, cuando ya quedó demostráu lo buena y rica que taba, avisolos el señoritu de que tuvieren cuidáu, pues él mismu la vendimiaba, entós, sin cambiar de conversación, pasaron a l'otru Estáu, a l'Estáu de la nación.

Tomó la pallabra el filosofu y, n'un espectacular regate, xuntó amor y monarquía, diciendo que non había, más grande y profundo error, que creer n'ambes coses comu na bendición del Señor. Con razones poderoses, púsose a demostrar que l'amor ye coacción que impide la sexualidá, que ye lo que-y dé sabor, y que lo mismu pasa con la monarquía, con respetu a la población.

Prosiguió la perorata aquel sabiu de salón y fizo-yos la petaca a toos los allí presentes, pues planteo-yos la ecuación de la propia fidelidá, y fízolu con intención, y buenes dosis de maldá. Obligolos a char les cuentos, aplicando la misma pro-

porción, a muyeres y monarcas, a lo cual el Coronel, que yera vieyu y de los carcas, al vese fuera el papel, decidiose a preguntar si la tal fidelidá non yera lo que'n círculos castrenses, menos cultos y modernos, concien comunmente por pone-y a unu los cuernos y, comu i dixerón que sí, xustu a continuación, imitando a un dromedariu, levantose del sillón y ofreciose voluntariu pa cualquier conspiración. Dixo que'l ya tenía la su escopeta cargada y, que si el deber lu requería, lo mismu i daba tirase a la criada que cargase a la monarquía.

N'esi mismu momentu y sentada na cocina, taba dandu el pigazu, la criada xovencina que,

ente tumbu y cabezazu, algo de conversación oía, asina que al oír al Coronel, pa que cosa se ofrecía, levantose dandu'n blinco, porque viose na cama con él, y tamién con los otros cinco. Pensaba la probe criada, y no-y faltaba razón, que aquella cuartelada yera mas bien de colchón, por esu cho, de repente, a correr, pero a los cuatro pasos de casa, aquella probe muyer atopóse con un homón, d'esos que llamen de mundu, y deseguida la convención pa que-y contara la hestoria, que'l después arregló, queriendo pañar la gloria de ser el que descubrió esa Gran Conspiración d'esti reciente veranu, un produktu de la imaxinación, y d'un pedal comu'n pianu.

Entre paréntesis

Jesulín de Ubrique

LUIS MEANA

El nombre suena ya a grasa de tocino, a finca con muchas ovejas, a posos secos de achicoria. Hasta ahí, todo anécdota que no causa ningún problema. El problema comienza cuando esa anécdota es la categoría de un régimen, lo mismo que aquel famoso Manuel Benítez «El Cordobés» fue categoría del franquismo. Porque este joven torero, rosa del felipismo tardío, no es el producto casual de un cruce de cabras, ni una explosión ubérrima de la sierra de Grazalema, sino la síntesis perfecta de nuestra cultura basura: su prototipo. Jesulín es la flor prodigio que le sale al estercolero, el payaso que le sale al circo, el pimpllo que le brota a esa España a la que sus gobernantes limpiaron de monjas y de curas para dejarla

luego en manos de Isabel Gemio, Bertín Osborne, Concha Velasco, Jesús Puente, Raffaella Carra, Lobatón, Obregón, Lecquios, Lagos y demás congéneres. Jesulín de Ubrique es el primer torero-basura de la historia de España. Que confunde su profesión con un concurso televisivo: más que un torero es el concursante que sale al ruedo después de haberse pasado muchas horas rebuscando en el estercolero de esta cultura una gansada-basura que sea todavía reciclable y pueda presentarla al gran público y dejarlo estupefacto. Un día torea en cinco sitios, otro se sube a un toro, como si éste fuera un borrico de su pueblo, y ya toda España entera está

esperando el día en el que se ponga a follarse a un toro en medio del ruedo, mientras las hembras de la plaza llenan el ruedo de sostenes Wonderbra, como antes lo llenaban de almohadillas o de flores. Ya dejó escrito Nietzsche que las clases trabajadoras tiene gran gusto por todo lo inconcebible y por todo lo disparatado. Estos son los héroes de cartón reciclado que gustan a esta España de tanto marujeo, en la que se confunde el ser la autoridad en una cosa con ser el número uno en una lista estúpida de récords, porque el único libro de la historia que cuenta es ya el «Guinness». Si toda esta filosofía fuera sólo el

Las clases trabajadoras tiene gran gusto por todo lo inconcebible y disparatado

cortocircuito mental de un joven calavera, la cosa no tendría más importancia, pero el problema está en que este chico es el Joselito del felipismo, o sea, el niño prodigio de una atmósfera que ha elevado la mamarrachada a gusto colectivo. Degradación de la que no tiene la culpa este rey de los récords de taquilla, de dineros y de corridas. De eso son responsables quienes, desde tanto poder, fomentaron toda esa putrefacción atmosférica. Quienes no deberían olvidar tampoco que estos epígonos y extravagancias no llegan por generación espontánea, sino que son casi siempre, como «El Cordobés», la excreción que le corre por la pierna a un régimen en el momento de su deceso histórico, el encefalograma plano de un orden político muerto. Así que yo, que ellos, dejaba de televisarle corridas. Por si el gafe.